

Richard Ford

Manual para viajeros por España y lectores en casa

que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres;
las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura,
deportes y gastronomía

Andalucía

Traducción de Jesús Pardo

Título original: *A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home /
Andalucía. Ronda and Granada.*

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial

Copyright © 2008, Turner Publicaciones S.L.
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid
www.turnerlibros.com

ISBN (Obra completa): 978-84-7506-856-5
ISBN (Tomo II): 978-84-7506-857-2

Diseño de colección: The Studio of Fernando Gutiérrez
Compaginación y corrección: EB8
Ilustración de cubierta: Mapa de España, 1846

Depósito legal:
Printed in Spain

ÍNDICE

Libro I. Sevilla

Generalidades	13
Excursiones y giras básicas por Andalucía	23
Vida social y maneras en el sur de España	25
Los médicos españoles	59
La fiesta de los toros	65
El teatro español	77
Los cigarros puros españoles	89
El traje español	95
Ruta I. De Inglaterra a Cádiz y Gibraltar	107
Cádiz. La bahía de Cádiz. De Cádiz a Gibraltar por Los Barrios y Tarifa. Algeciras	
Ruta II. De Cádiz a Sevilla por barco	143
Sanlúcar. El Guadalquivir	
Ruta III. De Cádiz a Sevilla por tierra	149
Jerez. Utrera. Alcalá de Guadaira	
Ruta IV. De Jerez a Sevilla	159
Ruta V. De Sanlúcar a Ayamonte	161
Moguer. Huelva. Ayamonte	
Ruta VI. De Sanlúcar a Portugal	167
Sevilla. Cronistas de Sevilla. Fundación de Sevilla. Historia de Sevilla. La Giralda. Patio de los Naranjos. La Catedral. El Alcázar. Casas notables. La Casa del Ayuntamiento. Calle de los Abades. Plaza de San Francisco. Pinturas. El culto a la Virgen. La Universidad. Iglesias de Sevilla. Hospital de Expósitos. La Cuna. Las puertas de Sevilla. El Quemadero. La Inquisición. La Puerta de Jerez. Triana. La Cartuja y Santi Ponce. Itálica. Excursión a una finca oliverera	

Ruta VII. De Sevilla a Riotinto y Almadén	235
Ruta VIII. De Sevilla a Madrid	245
Carmona. Écija. Córdoba. (Historia. La Mezquita. El Coro).	
Alcolea. Bailén. La Carolina. Las Navas de Tolosa. La Mancha.	
Valdepeñas. Manzanares. Ocaña	
Ruta VIII. De Valdepeñas a Almadén	275
Ruta IX. De Sevilla a Badajoz (I)	283
Ruta X. De Sevilla a Badajoz (II)	285

Libro II. Ronda y Granada

Ronda

La Serranía de Ronda	291
De Sevilla a Granada	295
Ruta XI. De Sevilla a Granada por Osuna	297
Osuna. Loja. De Sevilla a Granada por Córdoba	
Ruta XII. De Córdoba a Granada	303
Ruta XIII. De Sevilla a Granada por Jaén	307
Ruta XIV. De Andújar a Granada	309
Jaén	
Ruta XV. De Sevilla a Ronda por Olvera	313
Ruta XVI. De Sevilla a Ronda por Zahara	315
Ruta XVII. De Sevilla a Ronda por Écija	317
Ruta XVIII. De Ronda a Jerez	321
Ruta XIX. De Ronda a Granada	323
Antequera	

Ruta XX. De Ronda a Málaga	327
Ruta XXI. De Ronda a Gibraltar	329
Gaucín. San Roque. Gibraltar. Tánger. Ceuta. Tetuán	
Ruta XXII. De Gibraltar a Málaga	351
Marbella. Fuengirola. Málaga	
Ruta XXIII. De Málaga a Granada por Alhama	363
El reino de Granada.....	367
La Alhambra. Torre de la Justicia. Torre de la Vela. Sala de los Embajadores. Patio de los Leones. El Generalife. El Darro. La Catedral. Excursiones	
Ascenso a Sierra Nevada	417
Ruta XXIV. De Granada a Adra	421
Ruta XXV. De Adra a Málaga	425
Ruta XXVI. De Motril a Granada	427
Ruta XXVII. De Adra a Jaén	429
Ruta XXVIII. De Almería a Cartagena	431
De Almería a Jaén	
Tabla de conversiones	437

Libro I
SEVILLA

GENERALIDADES

El reino o provincia de Andalucía, por su posición local, su clima, sus lugares de interés y su accesibilidad, debe anteponerse a todos los demás reinos de España. Es la *Tarshish* de la Biblia, palabra que ha sido interpretada por sir William Betham como “el más lejano de los lugares habitados que se conocen”. Era la *ultima terrae* de los clásicos, los confines de la tierra adonde Jonás quería huir. *Tarshish*, *Tartessus* en la incierta geografía de los antiguos –mantenidos deliberadamente en la incertidumbre por los suspicaces fenicios, exploradores de todo comercio libre–, fue durante mucho tiempo un término vago y general, como nuestras Indias. Era aplicado a veces a una ciudad, a un río o a una localidad, por autores que escribían para Roma, o sea, un ciego guiando a otro ciego. Pero cuando los romanos, después de la caída de Cartago, consiguieron el dominio indiscutido de la Península, estas dificultades fueron eliminadas y el sur de España recibió el nombre de Bética, del *Baetis* o Guadalquivir, que divide sus partes más bellas.

Cuando la invasión goda, esta provincia fue ocupada por los vándalos. Su ocupación fue breve porque no tardaron en ser echados al norte de África por los visigodos. Pero, a pesar de todo, dejaron allí su nombre, y fijaron la nomenclatura a ambos lados del estrecho, llamándose durante mucho tiempo *Vandalucía*, o *Beled-el-Andalosh*, “el territorio de los vándalos”. Sus habitantes, sin embargo, no fueron jamás vándalos en el segundo sentido de esta palabra, sino que, por el contrario, eran y siempre han sido la gente más elegante, refinada y sensual de la Península; eran los jonios, mientras que los cántabros y celtíberos eran los espartanos. Y en ningún lugar, hasta el día de hoy, se nota de manera tan clara la *raza*: proceden de sangre del sur, de los fenicios, mientras que los aragoneses y catalanes proceden de sangre nórdica o celta. Diferencias semejantes se perciben en el norte de Irlanda, que está habitada por una raza anglosajona escocesa, y la gente del sur que, como los andaluces, se ufana de ser milesios de verdad. Tampoco faltan similitudes en el carácter nacional. Ambos son parecidos: impresionables como niños, indiferentes a los resultados, incapaces de calcular las posibilidades, víctimas pasivas del impulso violento, alegres, listos, bienhumorados y vivos, y la gente más fácil de embaucar con cierta lógica. Basta con decirles que su país es el más bello y ellos la gente

mejor, más bella, valiente y civilizada del mundo, y se dejarán llevar como niños. De todos los españoles los andaluces son los más dados a la jactancia; se jactan sobre todo de su valor y de su fortuna. El andaluz termina creyéndose su propia mentira, y de aquí que siempre esté contento, ya que consigo mismo se lleva mejor que con nadie. Sus cualidades redentoras son sus maneras afables y corteses, su carácter vivo y sociable, su agudo ingenio y su brillantez: es ostentoso y, en la medida en que sus medios limitados se lo permitan, ansioso siempre de mostrarse hospitalario con el forastero, en el sentido que se da en España a esta palabra, que en inglés no tiene nada que ver con la cocina. Como en los días de Estrabón, el andaluz actual tiende más a sentir simpatía que antipatía por el extranjero, y es que el tráfico de sus ricas ciudades marítimas ha echado abajo, en parte, los prejuicios de tierra adentro.

La imaginación oriental de los andaluces da a las cosas y a la gente el colorido brillante de su espléndido sol; su exageración, la ponderación, es solo aventajada por su credulidad, que es como la hermana gemela de aquella. Todo para ellos está en superlativo o en diminutivo, sobre todo por lo que se refiere a la palabra en aquello y a los hechos en esto. Tienen siempre anhelos de cosas inalcanzables y una gran indiferencia por lo práctico; en realidad nunca saben o se preocupan mucho por el objeto que buscan. Son incapaces de una constante sobriedad de conducta, que es la única manera de triunfar a la larga. En ninguna otra parte oye el forastero con más frecuencia esas palabras talismánicas que son como la estampa del carácter nacional: “no se sabe”, “no se puede”, “conforme”, el “no sé”, “no lo puedo hacer”; el “mañana”, “pasado mañana”, el *bukra*, *balbukra*, del oriental amigo de aplazarlo todo. Aquí estamos en el *Bakalum* o “veremos”, “ya veremos lo que pasa”; el *Pek-éyi* o “muy bien”, y el *Inshallah*, “si Dios quiere”, de Santiago (véase IV, 15); el “ojalá”, o deseo de que Dios haga lo que uno desea, el musulmán *Enxo-Allah*. En una palabra, los pecados obsesivos del oriental, su ignorancia, su indiferencia, su tendencia al aplazamiento, moderados por una religiosa resignación ante la Providencia.

Eminentemente supersticiosos, la mariolatría ha sucedido aquí a la adoración de la Salambó bética, la Venus y la Astarté de los fenicios; esto, una confianza en la ayuda sobrenatural y el capítulo de lo fortuito: he aquí el recurso más corriente en todas las circunstancias de dificultad. Su inteligencia, energía e industria se debaten bajo la permanente llamada a los dioses y los hombres para que les hagan lo que debieran hacer ellos. Su Iglesia les ha dado un patrón tutelar y vigilante para todas las circunstancias de la vida, por triviales que sean. Todas las ciudades tienen su santo local, macho o hembra, su milagro, sus leyendas; y en definitiva, conviene observar aquí que hay que establecer una amplia distinción entre esas invenciones contadas a un pueblo crédulo y las serias verdades de una verdadera religión a las que aquellas han suplantado. El resultado ha sido de poco beneficio moral, porque si se puede confiar en

los proverbios, el andaluz no es excesivamente honrado, ni de palabra ni de hecho. *Al andaluz, hazle la cruz; del andaluz guarda tu capuz*, o sea, ándate con cuidado –incluso cuando está haciendo el signo de la cruz– con tu capa, sin por eso descuidar las otras cosas de tu propiedad. En ninguna otra provincia abunda tanto la mala hierba de ladrones y contrabandistas, términos estos que son intercambiables.

Cualesquiera que sean las analogías raciales con sus congéneres milesios, los irlandeses ganan a los andaluces por lo que se refiere al gusto por las peleas. Estos últimos fueron siempre gente pacífica. Estrabón (III, 225) alaba sus suaves maneras, su *το πολιτικον*; y este muy político –*politus*, bien pulido– es su característica presente e inalterada:

*La terra molle e lieta e dilettoſa
Simili a se gli abitatori produce.*

Por mucho que “se les hinchen las narices”, como dicen los moros, y por mucho que alcen la voz, su manera natural de defenderse es salir por piernas, y su ladrido es peor que su mordisco, *perro ladrador poco mordedor*; son los gascones de España, raro es que esperen a ser atacados. Ocaña, en 1810, no fue más que una repetición de la fuga que describe Livio (XXXIV, 17), quien habla de los andaluces de la manera siguiente: *Omnium Hispanorum maxime imbelles*, y no se puede decir que hayan cambiado. Soult dominó la provincia entera en quince días y su conquista fue poco más que una *promenade militaire* para el débil Angulema en 1823. En ningún otro lugar fueron tan bien recibidos los franceses, y la llamaron *su provincia*: y es que los andaluces, como perros de aguas, estimaban más a quienes peor les trataban, y al mismo tiempo, por baja que sea su conducta colectiva, el andaluz, como individuo, participa del valor personal y las proezas que distinguen individualmente a los españoles. Si la gente es a veces cruel y feroz cuando se reúne en gran número, recordemos que por sus venas hierve la sangre de África; sus padres fueron hijos del árabe, cuyo brazo está contra todo el mundo; nunca han tenido una oportunidad, porque un desgobierno inicuo y largo, tanto en la Iglesia como en el Estado, ha tendido a diluir sus buenas cualidades y a estimular sus vicios; y aquellas, que son todas suyas propias, han florecido a pesar de la deprimente pesadilla. ¿Cabe maravillarse de que sus ejércitos huyan cuando al pobre soldado le faltan todos los medios que aumentan la eficacia, y además, cuando jefes indignos son los que dan el ejemplo? ¿No se les excusará por tomarse la justicia por su mano cuando ven las fuentes mismas de la justicia en estado habitual de corrupción? El mundo no es su amigo, ni tampoco lo es la justicia del mundo; sus vidas, su fuerza y sus pequeñas propiedades no han sido nunca respetadas por la autoridad, que siempre ha favorecido al rico y al fuerte a expensas del pobre y el débil; el pueblo, por lo tanto, debido a su triste experiencia, no tiene

confianza en las instituciones y, cuando se ve con poder y siente que le hierve la sangre, ¿es de extrañar que sacie su gran sed de venganza?

Sean cuales fueren sus defectos, nadie podrá negar, por lo menos, que disfrutaron de grandes cualidades intelectuales por las que siempre han sido muy elogiados. Los *Turdetani*, sus antepasados, fueron siempre célebres por su imaginación: cuando la edad de oro de la literatura, en tiempos de Augusto, terminó en Roma, fue para renacer en la *Baetica* gracias a los dos Sénecas, a Lucano y a Columela. Y de nuevo, desde el siglo IX hasta el XIV, durante los periodos más oscuros de la barbarie europea, Córdoba fue centro de luz; la Atenas y la Roma de Occidente, al mismo tiempo sede de las artes, la ciencia y la elegancia, así como de las armas y los valientes soldados. Y de nuevo, cuando el sol de Rafael se puso en Italia, la pintura aquí se levantó en una nueva forma gracias a la escuela sevillana de Velázquez, Murillo y Cano. Los moros andaluces se pusieron a la cabeza en todos los campos de la inteligencia, y a pesar del largo desgobierno el andaluz, aún hoy en día, es el ingenio, el *gracioso* de España. La *gracia*, la *sal andaluza*, es proverbial. Esta *sal* no es precisamente ática, por tener una tendencia agitanada y a la jerga taurómana; pero es casi el idioma nacional del *contrabandista*, el *bandido*, el *torero*, el *bailarín* y el *majo*, y ¿quién no ha oído hablar de estos personajes de la *Baetica*? Su fama ha pasado hace ya tiempo los Pirineos, mientras que en la Península misma estas personas y sus actividades son el encanto y la pasión de los jóvenes y los audaces, ciertamente de todos aquellos que aspiran a la *afición*. Estos pasatiempos verdaderamente provinciales de Andalucía representan para los españoles lo mismo que para nosotros la caza, las carreras y, en general, todo lo que huele más o menos a deporte. Andalucía es el cuartel general de todo esto, y la cuna de los más eminentes profesores que, en otras provincias, se convierten en estrellas, modelos y pautas, los observados por todos los observadores, y la envidia y admiración de sus entusiastas compatriotas. Esas cualidades son esencialmente andaluzas, y como el gusto delicado y el aroma de los vinos de Jerez, son locales e inimitables.

El traje provincial es tan extremadamente pintoresco que, en nuestra tierra, carente de trajes típicos, es adoptado para los bailes de máscaras; el que quiera verlo en todo su efecto tiene que ir a una aldea andaluza en algún día de fiesta, cuando todos salen vestidos con su mejor ropa. Cualesquiera sean los méritos de los sastres y las modistas, la naturaleza ha echado una mano en esta buena obra; el andaluz, además, está perfectamente moldeado para ello, porque es alto, bien formado, fuerte y nervudo. La hembra es digna de su compañero y con frecuencia su forma es de una impecable simetría, a la que hay que añadir su peculiar y muy fascinante gracia y movimiento, todo lo cual es esencial para los bailarines, los toreros y los majos. Estos se cuentan, evidentemente, entre los “objetos dignos de observación” de esta provincia, y sin duda el viajero, quiera o no, se encontrará con ellos a cada paso.

El majo, el *Figaro* de nuestros teatros, es enteramente, tanto por su palabra como por sus actos, de origen moro; es semejante al *Pallicar* griego, es el *dandi* local. El origen de la palabra es árabe: *majar*, brillantez, esplendor, viveza en el andar. Marcial, tal y como le describe Plinio el Joven (Ep., III, 21) que, aunque aragonés de nacimiento, era en realidad andaluz. *Erat homo ingeniosus (ingenioso hidalgo); acutus, acer, et qui plurimum in scribendo salis haberet et fellis*. Esta mezcla de sal y acíbar es muy propia de la tendencia a la sátira de los sevillanos, cuyas lenguas despellejan vivas a sus víctimas: *quitanle a uno el pellejo*. Los castellanos, más graves, hijos más verdaderos de los godos, o desprecian a los andaluces como medio moros, o bien se ríen de ellos como meros payasos y bufones, y cierto es que son algo holgazanes, insinceros, veleidosos y poco dignos. El majo reluce en sus terciopelos y botones de filigrana, sus borlas y sus dijes; su traje es tan alegre como su sol; para él la apariencia externa lo es todo. Este amor del *lucir boato*, es precisamente del árabe *batto, betato*; su epíteto favorito, bizarro, distinguido, es la palabra árabe *bessarâ*, “elegancia de forma”, de *bizar*, que significa joven. El majo es un verdadero presumido, muy fanfarrón; esta fanfarronería, tanto de palabras como de hechos, es también mora, ya que *fanfar* e *hinchar* significan ambas la misma cosa: distender, y en árabe, como en español, se aplica a las *narices*: la hinchazón de las ventanas de la nariz del caballo berberisco. En un sentido secundario, también significa pretensión. El majo, sobre todo si es *crudo* (véase *Jerez*), es amigo de las bromas pesadas, y sus ocurrencias y bromas tienen todavía en español nombres árabes: jarana, jaleo, es decir, *Khala-a*, zumbonería.

Es dado a los amores, por supuesto, y está lleno de requiebros o bromas al paso, cumplidos y réplicas ingeniosas. Se dirige a su *querida* con devoción oriental; es la “hija de mi alma”, “de mis ojos”, exactamente los *ya rojí, ya ainí, ya jabíbi* de El Cairo. El hecho de ponerse traje de majo es lo mismo que enarbolar la bandera de la diversión y la licencia; una maja elegante y bien arreglada anima a todo el vecindario; todos los hombres le ceden el paso, muchos se quitan la capa, mientras los estudiantes arrojan sus capas astrosas al suelo, para que los pies lentejuelados las pisen. “A las plantitas de usted”, “benditas sean tus ligas”, “¡qué compuesta estás!”, “¡vaya una majita!”, “¡más vales que toda Sevilla!”, “¡qué aire, qué toná, qué ojos matadores, ay de mí!”. Las personas así piropeadas, sobre todo el majo, nunca deben quedar sin decir la última palabra. Ningún sastre ni ningún manual bastan, sin embargo, para hacer un majo; ni conviene que cualquier forastero se lance demasiado pronto a estas justas y lides. Los que son capaces de ello y lo hacen bien, se convierten en la envidia y admiración de la plaza; “¡qué saleroso, qué gracioso, qué travesura y qué trastienda!”, “¡qué caídas tiene, qué ocurrencias, derrama sal y canela y es la sal de las sales!”. El majo de clase baja con frecuencia degenera en *bravo*, matón, perdonavidas y chulapo, muy guapo y valiente. Es el *baratero*, que cobra impuestos a los que tienen miedo a luchar con él.

Así son los indígenas de Andalucía. El suelo de su provincia es sumamente fértil, y el clima delicioso; la tierra abunda en vino y aceite. Los vinos de Jerez, las aceitunas sevillanas y las frutas de Málaga no tienen rival. Las llanuras amarillas, rodeadas por el mar verde, se doran al sol como un topacio engarzado entre esmeraldas. Estrabón (III, 223) no encontró mejor panegírico para los Campos Elíseos de Andalucía que citar la encantadora descripción del padre de la poesía (Od., A, 564): y aquí los clásicos, siguiendo su ejemplo, situaron el “Jardín de los Bienaventurados”, y este, después, se convirtió en el verdadero paraíso, el mundo nuevo y favorito del oriental. Aquí, los hijos de Damasco gozaron de una verdadera Arabia feliz europea. Seducidos por la fama de la conquista, que llegó hasta el Oriente, muchas tribus abandonaron Siria y se afincaron en Andalucía, de la misma manera que, más tarde, los españoles emigrarían a la dorada Sudamérica. Los recién llegados se mantuvieron aparte en la mayoría de los casos, aislados en clanes, y cada tribu odiaba a la vecina; una simiente de debilidad sembrada en la cuna misma del dominio moro. De esta forma, los árabes yemenitas de la sangre de Kháttan vivían en las llanuras, mientras que los sirios de la sangre de Adhán preferían las ciudades, y de aquí que se llamaran *Beladium*, y a ambos clanes se oponían los bereberes del Atlas.

Cuando estos ingredientes heterogéneos se mezclaron mejor, fue aquí, en un suelo favorable, donde el oriental echó raíces más hondas. Aquí es donde ha dejado las huellas más nobles de poder, gusto e inteligencia, aquí libró su última y desesperada batalla. Seis siglos después de que el frío norte fuese abandonado a los hispano-godos, Granada aún se defendía; y de esta gradual recuperación de Andalucía se mantienen aún las divisiones orientales en principados separados entre sí, que todavía se llaman los *Cuatro Reinos*, es decir, Sevilla, Córdoba, Jaén y Granada.

Estos ocupan el extremo sur de España y están defendidos de las mesetas frías del norte por la barrera de montañas de Sierra Morena –corrupción de los Montes Marianos de los romanos, y no derivado en absoluto del color pardo de su aspecto veraniego–. Andalucía consta de dos mil doscientas ochenta y una leguas cuadradas. Es tierra de montaña y valle; la parte más productiva es la cuenca del Guadalquivir, que corre bajo la sombra de Sierra Morena. Al sudeste se levantan los montes de Ronda y Granada, que siguen hasta el mar. Sus cimas están cubiertas de nieves eternas, mientras que la caña de azúcar madura en sus laderas. La gama botánica es, por lo tanto, interminable. Estas sierras están literalmente preñadas de mármol y metal. Las ciudades son de lo mejor de España por lo que se refiere a las bellas artes y a la vida social. En ninguna parte es más amable el trato; en ninguna parte son mejor recibidos los ingleses, porque Andalucía produce frutos y vinos y es una provincia exportadora. De esta manera, Málaga y Jerez son diametralmente opuestas a la Cataluña antibritánica, monopolizadora y manufacturera. Aquí, igualmente, vemos una

parte de la misma Inglaterra: Gibraltar, mientras que Sevilla, Córdoba, Ronda y Granada, cada una a su manera peculiar, no tienen rival ni en España ni en Europa.

Por fértil que sea el suelo y favorable el clima, no hay provincia en España, excepto Extremadura, de la que hayan sacado menor partido sus habitantes, quienes con su extraña apatía, han permitido que los dos distritos más ricos y mejor cultivados bajo los romanos y los moros se hayan cubierto de malas hierbas y de maleza; por todas partes la abundancia de vegetación silvestre muestra qué cosechas podrían crecer con el más elemental cultivo. De aquí, de los recovecos de la barrera de Sierra Morena hasta las llanuras que bordean el estrecho de Gibraltar, se extiende un campo vasto e inexplorado para el botánico y el deportista. Nada sorprende más que la brillante flora de mayo y junio: es la de un invernadero que se ha desbocado; flores de todos los colores, como copas perfumadas de rubíes, amatistas y topacios llenos de luz solar, que tientan al forastero a cada paso; florecen y se sonrojan sin que el indígena se fije en ellas. La nomenclatura de las plantas más corrientes está tomada casi siempre del árabe, indicio suficiente del lugar de donde el español ha tomado sus limitados conocimientos.

Estas dehesas y despoblados, o llanuras desiertas, son de gran extensión. El país sigue tal y como quedó después de la derrota de los moros. Las primeras crónicas, tanto de cristianos como de musulmanes, están llenas de narraciones de las incursiones anuales que ambos infligían unos a otros, y a las que las zonas fronterizas estaban siempre expuestas. El objeto de esta guerra de guerrillas fronteriza era la extinción, talar, quemar y robar, cortar árboles frutales y exterminar a las aves del cielo. La guerra de exterminio fue la propia de naciones y credos rivales. Fue verdaderamente oriental, y la misma que ha descrito Ezequiel, que conocía bien a los fenicios: “Id en su pos por la ciudad y golpeadles; que vuestro ojo no tenga piedad, y no la tengáis tampoco vosotros; matad completamente a viejos y a jóvenes, a doncellas y niños pequeños y mujeres”. El deber religioso de golpear al infiel vedaba la piedad a ambos bandos por igual, porque la incursión cristiana y la cruzada eran la exacta contrapartida de la *algara* musulmana y la *alghihad*; mientras que, por razones militares, todo era convertido en un desierto, para crear una frontera edomita de hambre, una zona defensiva por la que ningún ejército invasor pudiera pasar con vida, “las bestias del campo eran las únicas que proliferaban” (Deut., VII, 2). La naturaleza, abandonada de esta manera, volvía por sus fueros, y ha arrojado de sí toda huella de antiguos cultivos, y distritos que fueron graneros de romanos y moros ofrecen ahora los más tristes contrastes de su antigua prosperidad e industria. La fisonomía del suelo y el clima en estas llanuras desiertas es ahora verdaderamente africana. Algunos campesinos nómadas, medio bereberes, cuidan de sus rebaños, que merodean por las llanuras solitarias y sin vallar. Los

principales arbustos y plantas de hoja perenne que cubren tanto estas llanuras como la mayor parte de los páramos y las partes cálidas de la Península; estos montes, cotos, matas y dehesas, estos reductos del deportista y el botánico, son variedades de brezos: helecho; de retama, hiniesta; de romero; de lechetrezná, torvisco; de lavándula, espliego, cantueso, alhucema; de tamarisco, tamariz; de tomillo; de *Cytisus laurustinus phillarea*, saó, y de laurel; de junípero, enebro; de *Arbutus*, madroño; de ladierna y ligustro; de *Artemisia*; de regaliz, oruzuz; de sabina y *Passerina hirsuta*; de *Oleander*, adelfa; de toda clase de *Cistus* o cergazos, jara; de miraguano enano, palmito, *Chamaerops humilis*; de la aceituna silvestre, *Acebutche*; de *Ilex, encina*; de *coscojo*; de *chaparro*; de mirto, arrayán; de alcorcho; de rododendro, ojaranzo; de *Cistus halimifolius*, saquazo; de *Hedysarum coronatum*; de *Caper*, alcaparro; de lentisco; por no hablar de las plantas acuáticas de los pantanos y ciénagas. Las vallas, donde las hay, se componen de higo chumbo, *Ficus indica*, *Cactus opuntia* y de aloe, pita, *Agava americana*. No hay nada más impenetrable; estas empalizadas desafiarían a un regimiento de dragones o de cazadores de zorras. Los nativos llaman a las hojas puntiagudas del aloe, “mondadientes del diablo”.

La botánica de España, como otras ramas de su historia natural, no ha sido aún suficientemente descrita: y lo que se ha descrito de ella, como en el Oriente, ha sido en gran parte obra de extranjeros, y por su iniciativa. Fue Linneo quien acusó primero a los españoles de una *barbaries botanica*, y envió a su discípulo, Peter Loeffling, a coleccionar una *Flora Hispánica*. Richard Wall, irlandés y primer ministro de Carlos III, empleó también a su compatriota William Bowles para investigar la historia natural de España. Su trabajo, *Introducción a la historia natural*, aunque apenas comienza a atacar la periferia del problema, sigue siendo uno de los más citados en la Península. Ha tenido muchas ediciones: la tercera, Madrid, 1789, es la mejor. En nuestra época, el capitán Widdrington ha prestado mucha atención a este tema, y ha indicado a futuros investigadores las diversas ramas que requieren su atención; ciertamente, la mayor parte de la Península sigue siendo casi una *terra incognita* para el naturalista.

La agricultura está también en baja y, sin embargo, esta es la verdadera fuente de la riqueza de España, la mina inagotable que yace sobre la superficie misma. Los cartagineses Mago y Columela fueron los maestros de la Italia antigua, de la misma manera que los moros lo fueron de la Europa medieval. Su sistema de irrigación en Valencia y Murcia no tiene rival. Las obras de Abu Zucaria Ebn al Auan llegaron a ser autoridad en Europa, y Gabriel Alonso de Herrera, que se inspiró en ellas, es el padre de la moderna labranza. Pero la agricultura ha decaído al ritmo de la mayor parte de las cosas en España. Los procedimientos de elaboración de aceite y vino semejan los de los antiguos. Y este es el país que puede servir perfectamente de ilustración para la obra de Adam Dickson sobre la labranza de los antiguos (2 vols., Edimburgo, 1788). España estuvo en otros

tiempos a la cabeza de Europa en muchas cosas, pero su sol lleva mucho tiempo parado; atado por el orgullo y los prejuicios, el país ha permitido que el mundo le pase de largo para acabar dejándolo a mucha distancia. Nunca florecieron aquí la geología, la zoología, la ornitología, la entomología, ni ninguna de las otras “ologías”; la mayor parte de la gente prefiere la *olla* y apenas siente el amor de la naturaleza, ni se ha ocupado de investigar sus procesos. Y, sin embargo, el aire allí está saturado de la vitalidad de la creación, y la tierra está siempre ocupada en abastecernos de flores y frutos; cuánto queda aún por observar en estos campos de estudio, los más fascinadores de todos, ya que sitúan al estudiante en contacto íntimo con la naturaleza. Al mismo tiempo, esta agradable ocupación no carece de peligro: es fácil coger fiebres en los pantanos cuando se trata de seleccionar curiosos juncos, y el botánico corre peligro de ser robado por *raterillos*, inquietado por alcaldes ignorantes y puesto en entredicho por los campesinos, que le sospechan buscador de tesoros ocultos. Conviene, por lo tanto, ir siempre con un guía, después de haber puesto debidamente sobre aviso a las autoridades, explicándoles anticipadamente los objetivos.

EXCURSIONES Y GIRAS BÁSICAS POR ANDALUCÍA

Las mejores ciudades para residencia son Granada en verano y Sevilla en invierno; en Gibraltar (que es inglés, no español) abundan el bienestar material y la ayuda médica, pero la Roca es, después de todo, una mera prisión militar. La primavera y el otoño son los mejores periodos para una gira por Andalucía: los veranos, excepto en los distritos montañosos, son tremendamente calurosos, y los inviernos muy lluviosos.

El río Guadalquivir está bien abastecido de barcos de vapor que van a Sevilla, pero, excepción hecha del Camino Real a Madrid y el de Málaga a Granada, no hay coches públicos; más aún, apenas carreteras, aunque se habla mucho ahora de *railés*. Desde Cádiz, por lo tanto, hasta Játiva, cerca de Valencia, domina el medio beduino de transporte, es decir, el caballo. Hay, desde luego, algunas *galeras*, que transportan su lento peso a lo largo de fangosos baches, tan profundos como la rutina y los prejuicios españoles, o bien por veredas pedregosas hechas por las cabras salvajes, pero por las que ningún hombre que aprecie su tiempo, o sus huesos, se arriesgaría. *¡Que Diable!, allait-il faire á cette galère?*”.

GIRA DE TRES MESES

Esta gira puede realizarse por medio de una combinación de vapor, caballo y coche.

Abril

Gibraltar, vapor.

Tarifa, caballo.

Cádiz, caballo.

Jerez, coche.

Sanlúcar, coche.

Sevilla, vapor.

Córdoba, coche.

Andújar, coche.

Jaén, caballo.

Mayo

Bailén, coche.

Jaén, coche.

Granada, coche.
Lanjarón, caballo.
Berja, caballo.

Junio

Motril, caballo.
Vélez Málaga, caballo.
Alhama, caballo.
Málaga, caballo.
Loja, coche.
Antequera, caballo.
Ronda, caballo.
Gibraltar, caballo.

Los que vayan a Madrid pueden ir a caballo desde Ronda hasta Córdoba, por Osuna. Los que vayan a Extremadura pueden ir a caballo desde Ronda hasta Sevilla, por Morón.

GIRA MINERO-GEOLÓGICA

Sevilla.
Villanueva del Río, caballo, carbón.
Almadén de la Plata, caballo, plata.
Guadalcanal, caballo, plata.
Almadén, caballo, mercurio.
Excursión a Logrosán, caballo, fosfato de cal.
Córdoba, caballo.
Bailén, coche.
Linares, caballo, plomo.
Baeza, caballo, plomo.
Segura, caballo, bosques.
Baza, caballo.
Purchena, caballo, mármoles.
Macaël, caballo, mármoles.
Cabo de Gata, mármoles.
Adra, caballo, plomo.
Berja, caballo, plomo.
Granada, caballo, mármoles.
Málaga, coche.
Marbella, caballo, hierro.
Gibraltar, caballo.

VIDA SOCIAL Y MANERAS EN EL SUR DE ESPAÑA

En la España dislocada y desunida, donde las diferencias de clima son tan grandes, es natural que las casas y las costumbres domésticas sean también variadas e inestables, a fin de adaptarse a las circunstancias concretas de cada caso; por lo tanto, será útil algún vislumbre de las principales peculiaridades de la vida social del sur de España para el viajero que trata de llegar a algo más que a un superficial conocimiento del aspecto externo del país, que su pasaporte y un documento de crédito le facilitarían en cualquier caso. Estos instrumentos, además, solo le servirán para abrirle las puertas de ciudades y fondas, y para garantizarle las atenciones de la ansiosa calaña que le seguirá por *sus panes y sus peces*, mientras que un conocimiento y una práctica de esas maneras le abrirán los corazones y los hogares de esa buena gente que no tiene por costumbre cobrar dinero a la puerta por dejar entrar. El criterio oriental de que *las maneras hacen al hombre* sigue constituyendo una regla importante del código social de España, donde faltar a las reglas convencionales de comportamiento y buena educación trae consigo más desgracias para el ofensor que la ruptura de las leyes divinas. Aquellas reglas son impuestas por uno mismo, y por ser cosas de opinión, no existen más que por el sistema de excluir a los que las contravienen. Ocurre allí como en Oriente, que “nada en cuestión de forma, maneras o trato es indefinido, arbitrario, mutable o dejado al impulso del momento o al gusto del individuo: las exigencias inalterables de la sociedad son familiares a todos: todos, por lo tanto, saben cómo conducirse en cualquier situación nueva con dignidad y sin apuro, torpeza o vulgaridad”. El oriental, elevado a un alto cargo desde una condición baja anterior, asume inmediatamente las maneras correctas y las actitudes del pachá; Sancho Panza hizo lo mismo en su gobierno, como también el regente Espartero, aunque fuese igualmente hijo de un campesino manchego. Esto resulta extraño a la naturaleza inglesa, pero es lo que ocurre a diario en España, donde, en ausencia de instituciones inamovibles, la gente se guía por personalidades, por accidentes fortuitos del momento; allí, el poder, conseguido todavía gracias a la simple influencia personal, no es apenas inferior al *chatir* de los turcos; maneras agradables, exudando cortesía del cielo, bastan para ganarse la fidelidad de los corazones españoles. Es preciso, sin embargo, tener cuidado (como sabía Hamlet) de que esta “cortesía” sea de buena casta;

o más bien, de lo que los nativos consideran buena casta, porque cada país tiene sus propios patrones, a los que el recién llegado no tiene más remedio que adaptarse. La manera aceptada y obligada a la que los españoles están habituados y las ceremonias de su vida externa están tan unidas a sus sentimientos que les resulta difícil separar cosas e ideas de sus signos externos y de las personas que los representan. El carácter nacional nunca se expresa de manera más inteligible que a través de estas formas, y quitar importancia a estas indica falta de conocimiento del mundo y del corazón humano. Los españoles, por razones tanto geográficas como de idiosincrasia, nunca se han mezclado demasiado con otros países: Estrabón (III, 200, 234) atribuye la aspereza de los iberos a su aversión al trato social con extranjeros, a su *το αμικτον και ανεπιπλετον*, y al hecho de que viven apartados, *το εκτριπιον*. Como sus antepasados, los españoles, que tienen pocas oportunidades de observar otras costumbres que las suyas propias, actúan y razonan ante un extranjero de la misma manera que cuando se ven frente a un toro extraño a quien no han tenido el gusto de ser presentados: la primera impresión es más bien de ponerse en guardia. Tienen buenas razones para aceptar la interpretación antigua de *hostis*, en el sentido de extranjero y de enemigo, porque, desde los tiempos de los fenicios hasta ahora, España les debe a los extranjeros poco más que invasiones y sometimientos. La esencia del verdadero *españolismo* es no someterse a cualquier dictado extranjero. Fernando VII, que era, a su manera, dicharachero, y además español hasta la médula, solía desear ver a sus enemigos los *gabachos* franceses colgados (con las entrañas) de sus amigos los borrachos ingleses; real y grata metáfora de sogá tomada del suave pasatiempo de las corridas de toros, en las que los caballos corneados tiran sus largas entrañas sobre la arena del ruedo. Sin embargo, y al contrario de lo que, afortunadamente, suele ser el caso de John Bull –en quien la primera sensación abstracta de recelo contra un extranjero se ve algo neutralizada más tarde– el español, a pesar de todo, sigue mirándole como si fuera un perro, el cual, si no mueve la cola, es porque va a morder; y si no cogemos una piedra, por lo menos pensamos que es un chucho indecente y en el mejor de los casos nos abstenemos de acariciarlo o de hacerle fiestas. Y una vez pronunciado el veredicto fatal de que el forastero “no conoce el mundo o no tiene educación”, o sea, que no tiene lo que para nosotros equivale a modales de caballero, queda marcado. Ni la fortuna, ni el soborno, ni las alabanzas de los adulones, ni siquiera la ventaja de tener un buen cocinero bastarán para conseguir que el *gallego inglés* sea admitido en la buena sociedad. La educación de un caballero, entienden ellos, que se refiere a los modales y a la conducta más bien que al leer, el escribir y la aritmética: *ineducado*, significa para ellos que no tiene maneras, no que no tenga letras; y cada sociedad tiene, sin duda, derecho a imponer sus propias condiciones y cualificaciones a los candidatos, así como a rechazar a aquellos que rehúsen adaptarse al patrón de la mayoría.

Así, Plutarco nos cuenta que cuando Agesilao fue recibido por Tacos, le fue ofrecida una magnífica cena a la manera más propia de los egipcios: los nativos tenían la más alta opinión de su huésped hasta que este rehusó los dulces y los perfumes, y entonces, inmediatamente, sintieron el más hondo desprecio por él, considerándole persona no acostumbrada a las exquisiteces de la vida civilizada y, por lo tanto, indigna de ellas. Ahora bien, como las influencias antiguas y orientales tienen un peso más profundo en la aislada España que en otros países europeos, si queremos ser bien recibidos por los españoles tendremos que mostrar nuestra disposición y buena voluntad cuando se trata de entrar en contacto, dando nosotros el primer paso y a su manera. El español, como el inglés, mejora con el trato; su primera reacción es algo distante y reservada. No se adelanta a la amistad ajena, ni ofrece o hace nada el primero; es orgulloso más que vanidoso, bien educado más que afable; no prostituye su afecto y su admiración de la misma manera para con todo el mundo que pasa a su lado, ni es derrochón con sus cortesías, con lo que cuando las brinda, las hace dignas de ser aceptadas y consideradas como una distinción:

[...] No adula ni habla suavemente,
ni sonrío al rostro ajeno, sinuoso, engañoso y tramposo,
inclinándose a la francesa e imitando cortesía.

Se mantiene más bien altivo y a la defensiva; pero cuando ve que el forastero es de su misma clase, persona de quien se puede fiar, y con quien puede tratar, abre su corazón amplia y francamente —y como el árabe, pasando de un extremo al opuesto— arroja de sí toda reserva y se vuelve abierto y dispuesto a las intimidades. Desea que su amigo le trate a él con toda *franqueza española*, y frecuentemente, como él mismo añadirá, *e inglesa*. El valor de la buena fe del inglés ha arraigado mucho en la mentalidad nacional. Este sentido mutuo del honor, del pundonor; este respeto personal constituye desde hace largo tiempo una cualidad de la que ellos, como individuos, están, y justamente, orgullosos. Los dos países se son simpáticos, no antipáticos. De esta manera, el español, que nunca soñaría siquiera en confiar en uno de sus compatriotas, adelantará dinero o confiará valiosos objetos a un inglés, aun cuando sea un completo desconocido. Él considera que la fe de caballero inglés, la palabra de un caballero inglés, es como el *kilmet el ingliis* del Oriente, es decir, garantía suficiente; y hasta ahora, como España no se ha convertido en una Boulogne o una Botany Bay,* ningún estafador autoexiliado ha enturbiado la honorable reputación de su país.

En España el viajero debe tener muy presente la necesidad de dejar a un lado sus prejuicios y sus conclusiones previas, que son el más engorroso de

* Colonia penal inglesa situada en Nueva Gales del Sur, Australia.

los equipajes. Ya tendrá tiempo de formar una opinión cuando haya visto el país y estudiado a los nativos; muchas cosas allí le parecerán completamente absurdas, es posible que incluso lo sean, y quizá chapadas a la antigua para el individuo cosmopolita y liberado de prejuicios procedente del Nuevo o del Viejo Mundo. Pero ¿conseguirá acaso convencer al español de que abandone sus predilecciones naturales y nacionales? Lo único que conseguirá, al fin y a la postre, es que siga fumando su puro y pensando que los críticos son envidiosos o tontos, o ambas cosas. Y después de todo, nadie mejor juez que él de lo que les va bien a él y a su clima, sobre todo cuando el forastero en cuestión ignora las influencias religiosas, políticas y sociales de que son resultado las maneras de un país: *Más sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la ajena*. En España, *costumbres hacen leyes*, y a estas leyes de la costumbre se han sometido los tiranos más despóticos y han neutralizado prácticamente muchas instituciones que, en teoría, eran de lo más atroz. Con ellas, por lo tanto, el hombre prudente procurará transigir, y el que no pueda y prefiera encontrar faltas a lo que el país entero aprueba, no debiera sorprenderse u ofenderse si luego el español le dice, como ciertamente le dirá: “¡Vaya Vmd. con Dios!”, o sea: “Veámonos lo menos frecuentemente que sea posible, y mejor aún no nos hablemos; se equivocaron cuando le bautizaron a usted”.

Es increíble lo populares que son los ingleses entre los españoles con solo que se adapten a sus formas sociales; unas pocas inclinaciones cuestan poco, y quitarse el sombrero, sobre todo ante las damas y en un clima templado, no resulta trabajo arduo. Nuestros compatriotas en su tierra están demasiado ocupados y tienen demasiado miedo a resfriarse para estarse parados derrochando cumplidos y con la cabeza descubierta al aire libre y al relente, además del temor a ser considerados afeminados y afectados. No es la costumbre del país, y por lo tanto, es y lo parece extraño, cosa que a nadie le gusta: esto puede pasar en Pall Mall, pero no en el Prado. La mejor regla es: al desembarcar en Cádiz, considerar que todos los que vayan con chaqueta de cola son marqueses, hasta que resulten ser camareros –incluso en este caso no sale uno perdiendo mucho– y el error le sirve a uno para comer antes. Lo mejor es siempre curarse en salud. Cuando los españoles ven a un inglés que se comporta con ellos como ellos con él y con otros caballeros, como no lo esperaban, reaccionan y se dicen: “He tratado con el inglés; es tan formal y cumplido como nosotros”. Se les presenta, así, en favorable contraste frente a esos patanes hoscos que no hacen sino confirmar la caricatura continental sobre nuestra torpeza y ceño nacionales. Sin embargo, no debiera pensar el grosero culpable que sale incólume de la prueba; no hay país que tenga un sentido más verdadero de lo que es adecuado o una percepción más rápida del ridículo que el español, y más aún el andaluz. Al individuo que tienen delante se le mide de pies a cabeza con una sola mirada: cada uno de sus defectos es aquilatado, se le desuella entero, *le quitan el pellejo*, y un delicioso

nombre postizo, “apodo”, le sigue adonde quiera que vaya, como si fuera su propia sombra.

La mejor forma de hacerse una idea de la vida y las maneras de Andalucía es describir las casas de Sevilla y la primera visita a ellas de un forastero. Esta ciudad, como la mayor parte de las de construcción mora, está llena de callejas tortuosas, estrechas, retorcidas. Es muy fácil perderse en este laberinto: los coches solo pueden pasar por las más anchas de esas calles, que fueron trazadas antes de que hubiera coches, cuando la gente iba a pie o a caballo. En invierno parecen fondos de pozos, pero en verano son frescas y agradables, por estar siempre a la sombra. Los moros sabían lo que se traían entre manos. Ahora bien, las corporaciones ilustradas –ante la insistencia de los reales académicos– están haciendo todo lo posible en este momento por ensancharlas, dejando así el paso al sol ardiente y destruyendo su pintoresquismo irregular. Nerón hizo lo mismo con Roma, pero los que han seguido este ejemplo no tardarán en darse cuenta de los inconvenientes que, por otra parte, no escaparon a la observación del filósofo Tácito (An., xv. 43; Suet., Ner., 38).

Las casas son sólidas y tienen un aspecto por fuera como de cárceles a causa de las rejas de hierro que protegen las ventanas, porque *niñas y viñas son mal a guardar*. Estas *celosías* han sobrevivido, y son recuerdo de maridos celosos, raza ahora casi extinguida y que, como las *dueñas* españolas, brujas, dragones y otros centinelas medievales para damiselas de virtud sospechosa, han quedado relegados para que los novelistas extraigan moralejas o adornen un relato. Desde la revolución francesa, ser celoso no es ya de *bon ton*, y se considera costumbre vulgar. Entre las clases bajas, sin embargo, la pasión de ojos verdes sigue ardiendo con tonos de venganza morisca dignos de Otelio, y se diga lo que se quiera de las clases altas, lo cierto es que no hay *cortejos* ni *cavaliere serventes* entre los numerosos humildes. El cortejo, sin embargo, es también cosa pasada, y era el nombre que el honrado sureño daba a lo que en otros países no lo tenía, o lo tenía muy distinto: por ejemplo, “mi primo”; de la misma manera que los turcos piensan que la expresión inglesa para ir a visitar el *harem* es “ir al club”.

Los profundos alféizares de las ventanas españolas se ven frecuentemente convertidos en gabinetes íntimos, y sombreados con toldos: en ellos el sexo atezado se sienta a tomar el aire y hacer ejercicio, cantando como mirlos enjaulados, bordando o mirando a la calle y siendo miradas; y ciertamente, estos seres superiores, cuando se les ve en sus balcones desde abajo, son, como dice Byron, más interesantes que las heroínas irreales de Goldoni o que los cuadros de Giorgione. Esta costumbre se considera incurable, *mujer ventanera, tuércela el cuello si la quieres buena*, o sea, que el remedio para una mujer que siempre está sacando la cabeza por la ventana es retorcerle el cuello. Estos barrotes recuerdan los enrejados del *harem*, detrás de los cuales se esconden las damas orientales y como ellas, las andaluzas no se quejan del *aparente encierro*. La tolerancia no

es en el fondo más que indiferencia y son guardadas como tesoros preciosos. Están seguras detrás de las rejas contra todo excepto las miradas, la artillería ligera de Cupido, las serenatas y los requiebros o expresiones de cumplido y cariño, contra las que ellas no tienen nada que oponer. Encerradas, adquieren aspecto de monjas –lo que ciertamente no son– o de princesas cautivas de los romances, hasta tal punto que todos los hombres de corazón tierno se sienten imperiosamente dispuestos a liberarlas de la aparentemente vil mazmorra.

De esta manera, al anochecer, el paladín elegido, envuelto en su capa, se inclina contra estas rejas, únicos testigos –como dice Cervantes– del amor secreto, y murmura dulces tonterías a su querida, su amor, que no puede salir de allí; de aquí que esto reciba el nombre de “comer hierro”, que es otra expresión para indicar el flirteo, o “pelar la pava”. Este régimen metálico hace al amante tan bravo como el comer hierro hace a la gente en todas partes. A estos es a quienes los alemanes llaman *eisen fressern*, o sea, devoradores de hierro, que comen, digieren y desafían a todo. El puntillo de honor nunca permite que una persona pase entre el paladín y la ventana, ocupando de esta manera el espacio o el trozo de pared que le pertenece. Estas misiones eran absolutamente necesarias en otros tiempos, aunque las partes interesadas podían muy bien verse mano a mano el día entero, y el verdadero cumplido consistía precisamente en que el caluroso amante se estuviese allí fuera media noche, *al fresco*. Las clases altas encuentran ahora que resulta igual de bien hacer el amor de puerta adentro, sea porque así el corazón de las damas se haya templado, o hayan refrescado más las noches. Las clases inferiores continúan con su vieja costumbre de gatos nocturnos. Nada era antes, o es ahora, considerado más degradante para el amante que verse forzado a abandonar su puesto y, por lo tanto, un español dirá, pongamos por caso: “Tenga cuidado, no vaya a ser que le quite yo el sitio, le tome el pelo o le quite el aliento”, “cuidado que no venga yo a cobrarle a Vmd. el piso”. El hecho concreto de poner esto en práctica es una de las causas fatales de la “puñalada traidora en plena noche”. Las clases bajas no toleran tonterías en estos casos: a una palabra se contesta con un golpe. Esta celosa ocupación concuerda bien con la angostura de las calles, donde no hay gas y solo acá o allá reluce una lámpara vacilante ante una imagen de la Virgen, que únicamente sirve para hacer visible la oscuridad. Es como interpretar *El Barbero de Sevilla* en la realidad. Esta cercanía estimula las declaraciones de amor, que en las aldeas se hacen con ayuda de un bastón, que la mayoría de los españoles suele llevar: uno con un bulto redondo al extremo, llamado *porra*, suele preferirse para dar golpes de lo más contundentes; su uso legítimo es para castigar al caballo, y su abuso amatorio es de la manera siguiente: cuando quiera que un amable rústico piensa que ya ha machacado suficientemente el corazón de su gran amor, se declara poniendo el bastón entre las rejas y diciendo: “¿Porra dentro o porra fuera?”; si la suave doncella no se opone, la porra se queda dentro, pero si

ocurre lo contrario, con rechazar el bastón rechaza a su dueño, *le da calabazas*, con lo que este recoge su porra y se va, deseándole cortésmente a la dama que siga con Dios: “Pues quede Vmd. con Dios”. Esta frase de “porra dentro o porra fuera” se usa con frecuencia a manera de equivalente de “sí” o “no” entre los majos sevillanos.

Estrechas, oscuras, como enjauladas y sombrías, son las calles, pero el interior de las casas es exactamente lo contrario. El exterior era siempre hosco entre los moros para desarmar el temido mal de ojo del que deseaba casa, o mujer ajena: de esta manera la riqueza que tentaba al codicioso quedaba escondida, por no decir nada de la necesidad de mantener fuera al calor y dentro a las mujeres: la casa andaluza, y especialmente la sevillana, es la personificación del frescor; el contraste que supone pasar del horno radiante de la plaza abierta a esta fresca semioscuridad es encantador. Muchas casas tienen el escudo de armas del dueño tallado sobre el portal, o bien pintado en porcelana, azulejos: esto denota la *casa solar* o mansión señorial, y es también protección contra la Ley de Mostrencos, según la cual todas las propiedades cuyo título no podía ser probado revertían a la corona. Era también corriente colgar cadenas sobre los portales de cualquier casa donde el Rey hubiera entrado; los dueños se enorgullecían de ellas, pues no eran meramente decoraciones de honor, sino que eximían al edificio de tener que alojar en él soldados; era el signo que “prohibía el paso al destructor”.

Una palabra antes de decidirnos a golpear, o llamar más bien, a la puerta. El viajero que se ha armado de su carta de presentación –que es como la semilla de la futura amistad– no debiera enviarla, sin embargo, sino más bien presentarla personalmente. Pero no haría bien si no diese a la familia algún aviso anterior de su visita y del objeto de esta. “Rendir visitas”, como el verbo mismo indica, es una cosa seria, y en ningún lugar lo es tanto como en España. El tiempo allí no tiene valor alguno, y perderlo es una bendición; por lo tanto, una visita es un don de los cielos: los españoles no tienen la menor idea de que baste con dejar una tarjeta, esto para ellos no es una verdadera visita y, por lo tanto, cuando los visitados no están en casa, el visitante escribe “E. P.”, o “en persona”, en el extremo de la tarjeta, de la misma manera que en Londres el portero marca “enviada” o “traída por el interesado”. Las tarjetas de visita españolas raras veces llevan dirección, pues como todos viven en un grupo social bien definido, se da por supuesto que todos saben –y de hecho lo saben– dónde viven todos sus amigos. El viajero, naturalmente, tiene que poner su dirección, hasta que se haya convertido en “uno de nosotros”. Las líneas limítrofes sociales son rígidas: el Rubicón de la casta se pasa raras veces; la *sangre azul*, *sangre su*, el *ijor*, no se mezcla nunca, por medio de matrimonios mixtos, con el charco rojo o negro del plebeyo; hasta hace muy poco la división aristocrática raras veces se rompía a favor de recién llegados; no se podían hacer fortunas súbitas en la quebrada

España, donde la aristocracia del abono, el contador o la tejedora es desconocida. Aunque es cierto que algunos ministros ineficientes y maniobreros eran compensados a veces con títulos de Castilla, los verdaderos poseedores de la sangre noble, que no depende de mercedes reales, consideraban al intruso con desprecio. Esta multiplicidad de títulos nuevos degrada a la nobleza antigua más bien que elevar a la nueva. Este número limitado de la nobleza verdaderamente antigua explica el conocimiento íntimo y minucioso que sus miembros tienen de los entronques y alianzas que ha habido entre ellos. La alta sociedad sigue siendo el mismo tipo de estado que era en Inglaterra en los tiempos de la reina Ana, cuando cabían en un salón la Corte y los que tenían acceso a ella. Las clases altas con frecuencia escriben en sus tarjetas de visita sus principales títulos y los de la familia de sus mujeres: el duque de San Lorenzo, de Val Hermoso-Conde de Benalúa, entendiéndose que este último es de su mujer. El título de duque es el más alto, e implica necesariamente grandeza de España. No hay que deducir de aquí necesariamente, sin embargo, que todos los grandes son duques; muchos de ellos son marqueses y condes como, por ejemplo, Alcañices, Puñonrostro, Chinchón. El título, en realidad, carece de importancia; la verdadera calidad está en ser grande, porque esto les da perfecta igualdad entre sí, ya que todos son *pares*, iguales, sin que importe el rango o la fecha de su creación. La dignidad es el rey quien la confiere, pidiéndoles que se cubran en su presencia; de aquí que (ya que la forma acaba comiéndose al fondo) como el *saco de lana* significa entre nosotros el cargo de lord Canciller, *sombrero* en España signifique grande. La cortesía de que es objeto el sombrero de un caballero particular es notable, sobre todo entre la gente bien de provincias: no se le permite tenerlo en la mano, ni dejarlo en el suelo; el atento dueño de la casa se crece en este tipo cardinal de cortesía: coge el sombrero, a pesar de la débil resistencia, lo deja sobre un cojín, solo, en una silla o bien sobre el sofá, sitio de honor. La diferencia entre los españoles y los moros, en muchas cosas además de esta, consiste solamente en que aquellos llevan sombrero y estos turbante. Lane describe el mismo tipo de atención para con el turbante; la silla en que este reposa se llama *kuu'rsi el emámeh*. Y los antiguos rendían los mismos honores a la espada: Minerva, después de haber cogido a Telémaco por la mano, cuida de su *χαλκεον εγχος* (Od., I, 121). El viajero, si quiere ser muy cumplido y muy formal, palabra esta que no tiene el mismo quisquilloso significado que en inglés, debe recordar que siempre que un español con quien él desea mostrarse atento vaya a visitarle a su casa tiene que quitarle el sombrero *nolens volens* y ponerlo, como si fuera un cristiano, sobre una silla para él solo. Los grandes se enorgullecen de tener varios sombreros: *dos veces, tres veces grande de primera clase*. Es cierto, aunque sea una triste broma, que tienen muchos sombreros, pero ninguna cabeza. Los grandes se tratan entre sí como primos, y se tutean, se dan el tú de la relación familiar; todos ellos tienen derecho al trato de *Eccelesia*: este título, el más codiciado de España, se pronuncia, en la

lengua de la calle *vo essencia*. La nobleza inferior de título, títulos de Castilla, es innumerable y son todos tenidos en poca estima por los verdaderos grandes, aunque, como nuestros *baronets* de las villas provinciales, tienen cierto rango social en las provincias lejanas: su tratamiento es de *su señoría*, y se abrevia en *usía*, que también es el tratamiento que dan las clases bajas en España a los extranjeros que, a su modo de pensar, parecen tener categoría o dinero. *Vo essencia* y *usía* son palabras poco usadas en la buena sociedad; la forma más común de cortesía entre la gente es allí *usted*, abreviatura de *vuestra merced*. El soberano trata a todos los grandes de primos, como si de hecho lo fueran: “Nuestros leales y muy amados primos”, cosa que, por otra parte, eran en realidad en los primeros tiempos, cuando se casaban con las infantas reales. A sus demás súbditos les trata de *vos* u *os*, con la única excepción del clero, al que trata de *usted*. La nobleza de sangre no depende en España del título solamente, el cual desciende con el mayorazgo o propiedad vinculada al hijo mayor. Las ramas menores, aunque no sean más que *hidalgos*, hijos de algo, hijos de alguien, son, a pesar de todo, considerados tan buenos caballeros por la sangre como el poseedor del título familiar. En España, donde la pobreza no es delito, donde *pobreza no es vileza*, un buen apellido es mejor pasaporte que un reluciente título nuevo, que cautiva, sin embargo, al asombradizo inglés o norteamericano, *qui stupet in titulis*, el español se contenta con el *don*, el simple prefijo de la gente bien nacida. Esta palabra, corrompida del latín *Dominus*, tiene su origen en el *Adhon Adonai*, el Señor de los hebreos. El cartaginés del *Pœnulus* (Plaut., v, 2, 38) usa el término *donni* exactamente en este sentido, o sea, caballero; el antes muy honroso don era el equivalente de nuestro caballeroso *sir* y ambos han perdido valor en parecida medida. Se usan los dos de la misma manera, y han de ir unidos al nombre de pila: don José, don Juan, o sea, sir Joseph, sir John; decir don Quesada resultaría tan ridículo como decir sir Peel; hay que decir don Vicente Quesada. Cuando no se sabe el nombre de pila, el título de *señor* se prefija con el añadido de la partícula *de*, lo cual, aunque es un galicismo, ha adquirido carta de naturaleza, y la omisión es ofensiva. Señor de Quesada es la manera de llamar a un caballero. Señor Quesada, la de llamar a un don nadie, que en ningún lugar del mundo *es menos que nada que en España*. Los españoles muestran gran tacto cuando se trata de evitar la omisión del don, sonido que suena bien en todas las orejas españolas, ya sean grandes o pequeñas, altas o bajas. Como los orientales, los españoles gustan de las distinciones y las apelaciones personales; un operario se siente ofendido si no se le llama *señor maestro*, como si, en efecto, lo fuera de su oficio.* Y esta suposición, aunque sumamente gratuita, no debiera ser olvidada por el viajero que tiene prisa en que le hagan algún servicio. El español, normalmente, llama a *su* esposa

*Maestro, *magister*, maestría (en inglés, *Master, Magister, Maistry, Mastery*) indicaban en la Edad Media saber e inteligencia.

mi mujer, como *ma femme*, pero cuando habla de la esposa de su vecino suele decir *la señora*, o bien *la esposa de Vmd.*; un extranjero puede vivir durante años en una ciudad española y ser conocido por todos sus habitantes sin que diez españoles siquiera sepan su apellido, de la misma manera que la gente de Inglaterra tampoco sabe que Tenorio era el de don Juan. Los españoles bien nacidos, pero sin título, escriben simplemente sus nombres en sus tarjetas, así: Rafael Pérez de Guzmán. Esta, ciertamente, es la manera usual y la más apropiada. Si el apellido es bueno, como Carlos Stuart, no requiere más adorno, pero si es Pérez o García, no habrá adorno ni doble sobredorado que convierta la ganga en oro. Si el hidalgo está casado se añade a veces “y su señora”. Las damas, sin embargo, usan en general sus propias tarjetas de visita, en las que constan sus apellidos de solteras, como el *geborne* (nacida) de las alemanas; por ejemplo, María Luisa de Pimentel de Girón; Inés Arias de Saavedra de Aragón. Sus hijas y hermanas con frecuencia se ponen todas juntas, “las de Olaeta”. Los militares nunca omiten sus grados; las viudas prefijan su viudez y añaden a sus hijas, “la viuda de Carreno y sus hijas”. El viajero debe cuidar de no poner su nombre a la inglesa: Mr. Smythe, porque ello le da muy poca identidad: la manera correcta sería Plantagenet Smythe. Los apellidos se saben y usan poco en la charla social: todos, como en los tiempos antiguos, son conocidos por sus nombres de pila: don Juan, don Francisco. Todo esto puede parecer trivial, pero el olvido de las cosas pequeñas puede dar lugar a grandes ofensas; una chispa hace explotar la mina:

Vilibus in Cartis... qualis.

Consistit sumptus neglectis dedecus ingens.

Estas minucias, livianas como el aire, no cuestan trabajo, mientras que su omisión es, para un pueblo campesino y receloso, prueba de mala educación, palpable como la Sagrada Escritura. Son necesarias al principio, con el fin de asegurarse que causará una buena impresión, cosa que, desde luego, no es la peor manera de empezar. Si vale la pena hacer una cosa, conviene hacerla lo mejor posible: nadie que no haya vivido largo tiempo entre los españoles, suspicaces y puntillosos, puede hacerse una idea de lo fácil que es para su carácter emotivo sentirse ofendidos. Su amor propio personal perdonará cualquier daño que no sea un insulto, y cualquier cosa que no sea desdén o menosprecio; se les puede hacer cosquillas y hasta guiarles con una pluma, pero no con una barra de hierro; su buena voluntad está ganada con muy poco esfuerzo, y así se evitan infinitos malentendidos y descréditos, y si por una vez, se satisface su pundonor, no hay país en el mundo que mejor sepa corresponder al cumplido. Evidentemente, a medida que la intimidad aumenta y el forastero ha dejado bien sentado su buen carácter, se le permite más llaneza, pero incluso entonces cuanta menos mejor, sobre todo en la observación externa de las

reglas establecidas del trato social. Una vez arreglada la cuestión de la tarjeta, el viajero tiene que pensar en su vestido y su vehículo; nadie lleva su pasaporte o su nombre y su contrato de alquiler en la frente; los forasteros solo pueden formarse una idea de la gente que van conociendo por la manera de conducirse y por el aspecto. Polonius, aunque tonto y gentilhombre de cámara, fue muy bien escogido por Shakespeare como portavoz de algunos preceptos que cuentan entre los mejores que jamás se hayan dado a los viajeros. Él sabía que una vida pasada en la Corte enseñará, por lo menos, las maneras y las actitudes de la vida aristocrática. No nos hace falta decir aquí que los caballeros suelen evitar ese absurdo disfraz de semi-bandidos que a veces adoptan nuestros compatriotas en el continente. El único disfraz que es permisible en España es el de majo, el cual, precisamente por ser un verdadero traje nacional, deja de ser disfraz a ojos de los españoles. Sin embargo, no debe ser usado nunca más que cuando se viaja, o en esas circunstancias especiales en que queda entendido que se prescinde de la etiqueta. Nunca ha de usarse para visitas de cierta ceremonia, para las que lo más correcto es el negro, y de esto hablaremos más largo y tendido enseguida; ni tampoco debieran damas o caballeros ir a pie en estos casos, y mucho menos corresponder a una primera visita en su ropa normal de paseo, o a pie, ya que los españoles hacen estas visitas de tiros largos, muy compuestos, y en coche. Minerva (es decir, el tacto, el buen sentido, el conocimiento del mundo) dio el mismo consejo a Nausícaa hace unos miles de años: “Búscate un *coche de colleras*”, Ημιονους και αμαξων (Od., z, 37). Esto pasaba por ser mejor que ir a pie, Καλλιον, más propio de la dama, la hija del Καλος και αγαθος, es decir, del hidalgo. Lo primero que Sancho Panza, al ocupar su cargo, le escribe a su mujer es la recomendación de que use coche, “que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es andar de gatas”. Una visita en coche, cuando la bella lleva sus mejores galas, da tema de conversación y maravilla al barrio entero durante una semana; un coche es un lujo en las ciudades moras, donde solo unas pocas calles son lo bastante anchas para permitir su paso. Pocos coches privados se ven ahora en España, excepto en la Corte. La pobreza ha acabado con los coches, y los que aún pueden permitirse ese lujo tienen miedo de aparentar riqueza, porque ello, en Oriente, les expondría a contribuciones. Un coche en una de las ciudades del interior causa sensación, poco menos que un babuino en una ciudad del oeste de Inglaterra; por lo tanto, “venido en coche” es indicio de respeto. Las corporaciones, los ayuntamientos, realizan todas sus grandes procesiones en una especie de entarimado de coches Simón en movimiento. Cuesta, antes de la batalla de Talavera, fue hacia el Duque, a quien había hecho esperar durante algunas de las horas más críticas, en coche de seis caballos. El archiduque Carlos, en la Guerra de Sucesión, dudó de si debía entrar en Madrid, por no tener coche apropiado. “Señor –le dijo Stanhope– nuestro Guillermo III entró en Londres en coche Simón, con maleta detrás, y le hicieron rey”.